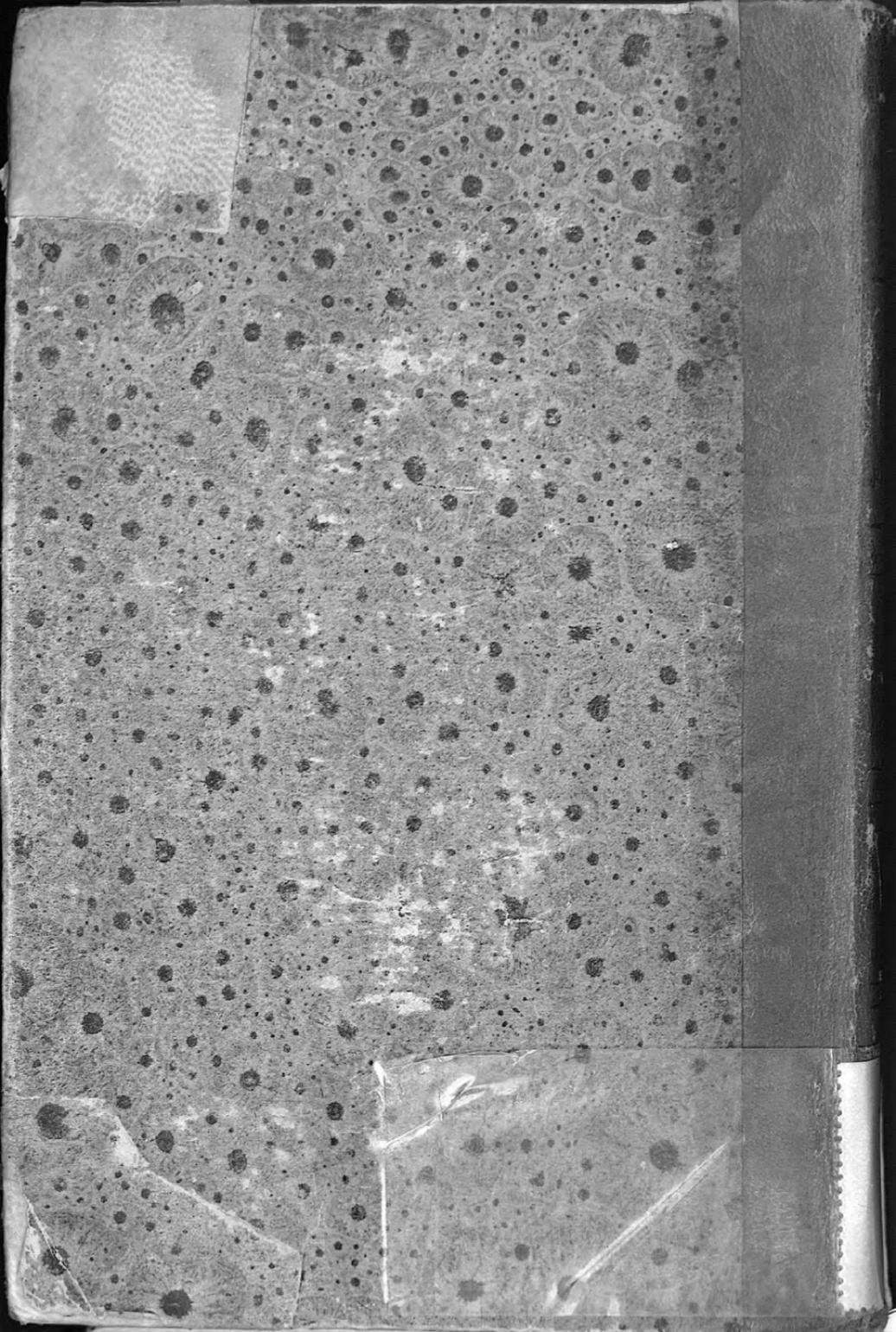


CORRISO

PARLANE

1

8357/1



XX pág - 251 pág - 1 topa - 2 láminas.

RC



José María Du S...

Luis Barden

70.00
3000

A-10931

R
313⁴²

PANORAMA
MATRITENSE.

Cuadros de costumbres

DE LA CAPITAL,

observados y descritos

POR

UN CURIOSO PARLANTE.

TOMO PRIMERO.

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1835.



Advertencia del Editor.



El Autor de esta coleccion la ha cedido gratuitamente á beneficio del Editor, y éste, deseoso de corresponder á aquella generosidad, ha dispuesto su impresion con todo esmero, adornándola tambien con estampas ejecutadas por profesores de conocido mérito. Siendo por lo tanto su publicacion propiedad del Editor, perseguirá legalmente á quien la reimprima.

La coleccion por ahora se compondrá de dos tomos. El primero contiene los artículos siguientes :

- | | |
|---------------------------------------|--|
| I. <i>El retrato.</i> | X. <i>Un viaje al Sitio.</i> |
| II. <i>La calle de Toledo.</i> | XI. <i>El Prado.</i> |
| III. <i>La comedia casera.</i> | XII. <i>Las casas por dentro.</i> |
| IV. <i>Las visitas de dias.</i> | XIII. <i>1802 y 1832.</i> |
| V. <i>Las costumbres de Madrid.</i> | XIV. <i>Tomar aires en un lugar.</i> |
| VI. <i>Los cómicos en Cuaresma.</i> | XV. <i>El paseo de Juana.</i> |
| VII. <i>Isabel, ó el dos de Mayo.</i> | XVI. <i>El dia 30 del mes.</i> |
| VIII. <i>La empleo-manía.</i> | XVII. <i>El amante corto de vista.</i> |
| IX. <i>La romería de San Isidro.</i> | XVIII. <i>Las tiendas.</i> |
| | XIX. <i>El barbero de Madrid.</i> |

- XX. *El poeta y su dama.* XXIV. *Pretender por*
 XXI. *Las ferias.* alto.
 XXII. *Riqueza y miseria.* XXV. *La político-manía.*
 XXIII. *El campo santo.* XXVI. *El aguinaldo.*

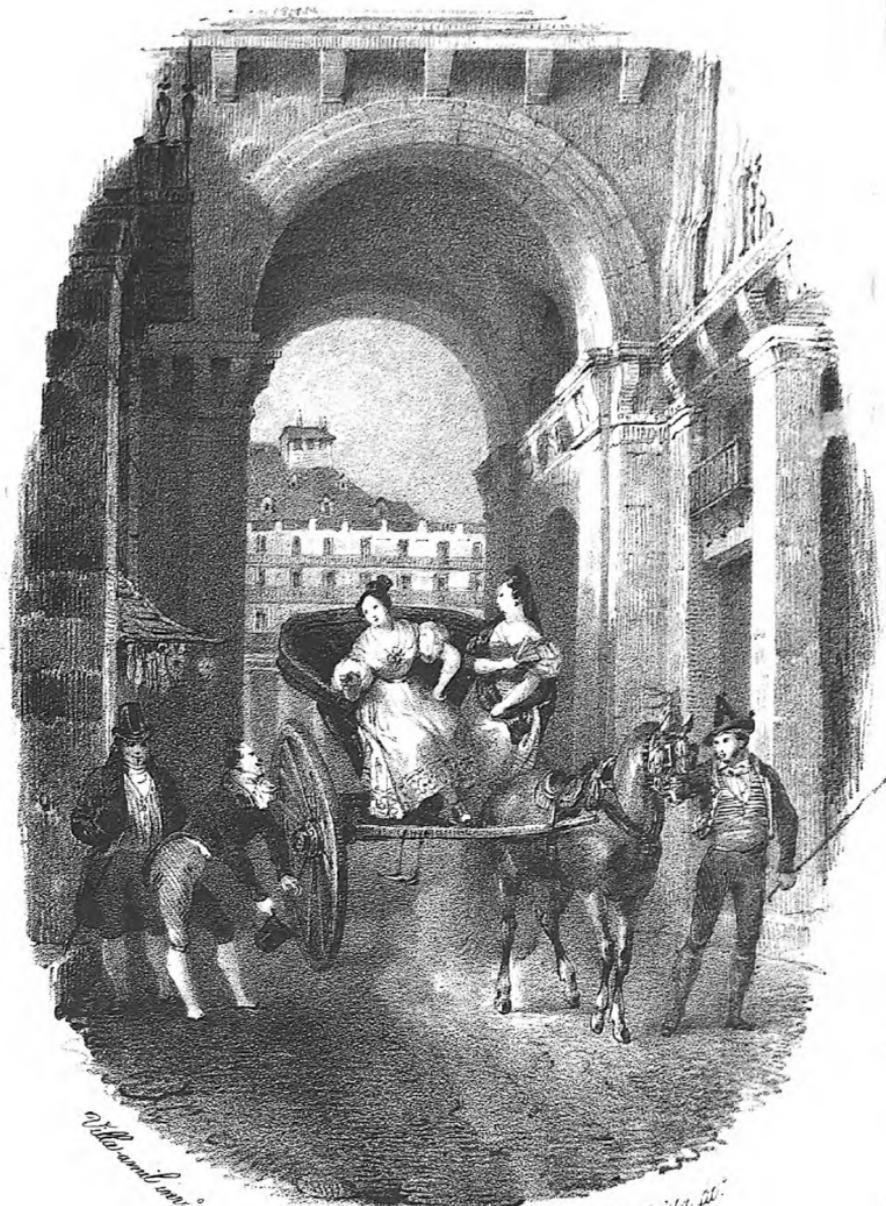
El segundo tomo, que está en prensa,
 contendrá:

- | | |
|----------------------------------|----------------------------------|
| I. <i>Las tres tertulias.</i> | XII. <i>La casa de Cer-</i> |
| II. <i>El extranjero en su</i> | <i>vantes.</i> |
| <i>patria.</i> | XIII. <i>El Diario de Ma-</i> |
| III. <i>La capa vieja.</i> | <i>drid.</i> |
| IV. <i>Las niñas del día.</i> | XIV. <i>La procesion del</i> |
| V. <i>El dominó.</i> | <i>Corpus.</i> |
| VI. <i>La compra de la casa.</i> | XV. <i>Las calles.</i> |
| VII. <i>Los paletos en Ma-</i> | XVI. <i>El patio del Correo.</i> |
| <i>drid.</i> | XVII. <i>Las casas de ba-</i> |
| VIII. <i>La filarmonía.</i> | <i>ños.</i> |
| IX. <i>Policía urbana.</i> | XVIII. <i>El sombrerito y</i> |
| X. <i>La casa á la antigua.</i> | <i>la mantilla.</i> |
| XI. <i>El día de fiesta.</i> | XIX. <i>La vuelta de París.</i> |

Y algunos otros.

Precio de cada tomo por suscripcion 18 rs.
 y de venta 22 en la librería de Escamilla, calle
 de Carretas, y en las Provincias 20 y 24.





W. B. Smith del.

Lit. de Palmarote Madrid.

Una Calle de...

"Oiga Señor vision. dejemos el paso franco."

(La calle de Toledo)

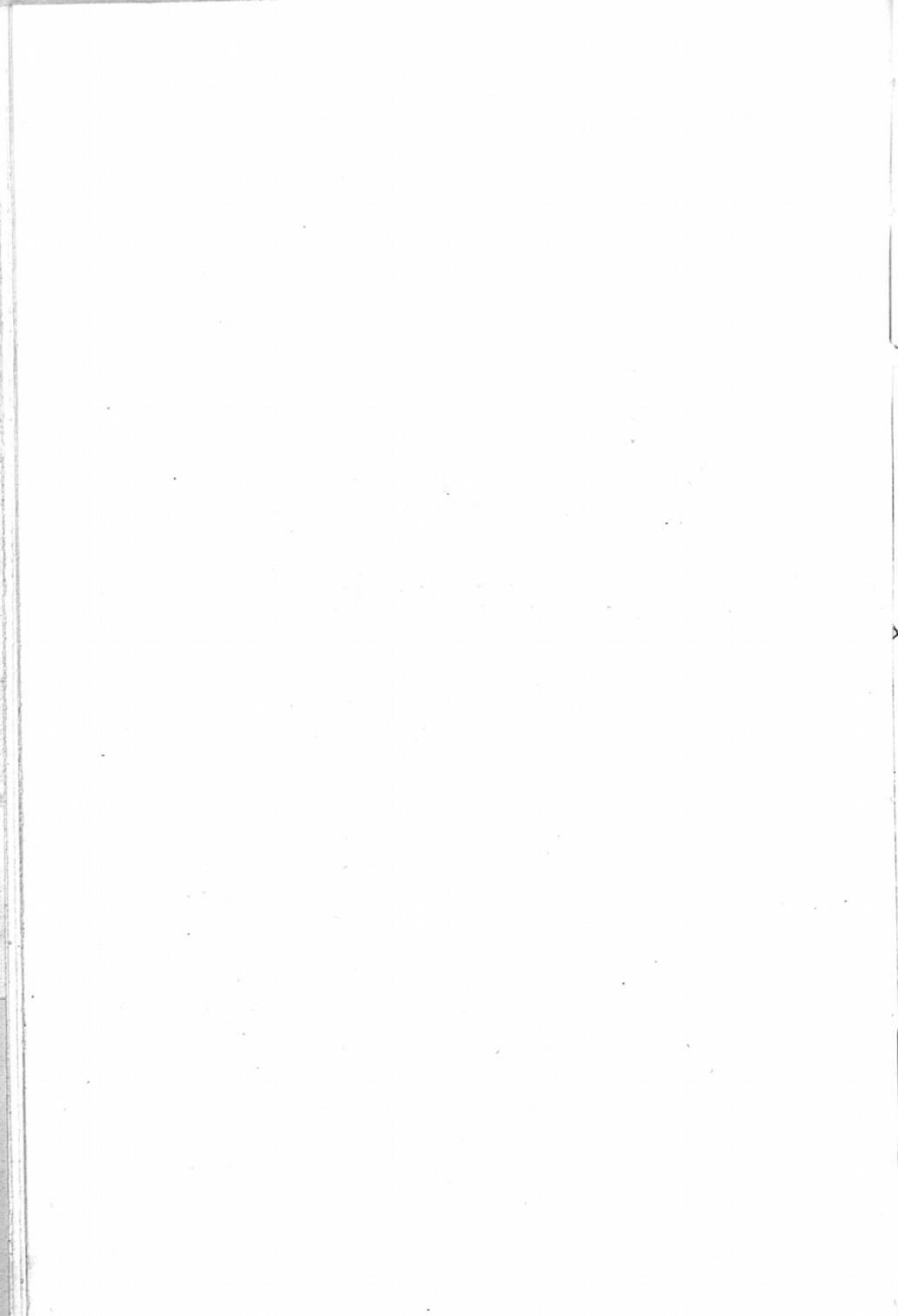
1875

WATERHOUSE



Panorama

MATRITENSE.



« J'emprunte au public la matiere de mon ouvrage ; c'est un portrait de lui que j'ai fait d'apres nature. »

« El público me ha servido de original ; mi obra es su retrato. »

LA BRUYERE.

I.

El Panorama.

U no de los ramos mas bellos de la literatura, y por lo tanto de los mas cultivados por los escritores de todos los paises, ha sido siempre la descripcion de las costumbres y usos populares. Las plumas mas acreditadas, convirtiéndose para este objeto en pincel pictórico, han diseñado en todas épocas aquellos cuadros animados que forman el movimiento de

la sociedad, y haciendo resaltar cuidadosamente en ellos los rasgos característicos de los vicios ó las ridiculeces humanas, y que en cada país toman matices tan varios y caprichosos, sirvieron también para castigar venialmente los desórdenes morales por su oportuno contraste con la virtud y la filosofía. Bajo este aspecto debe considerarse aquel trabajo, no únicamente como una mera diversion ó pasatiempo, ni tan solo como un cuadro histórico del progreso social del país que intentara describirse, sino también como una lección moral más ó menos severa que lleva envuelto el noble objeto de mejorar la condición y las inclinaciones humanas.

“Los hombres son niños grandes,” ha dicho un filósofo con mucho acierto, y por lo tanto reciben con más gusto las advertencias útiles en una ingeniosa fábula que en un erizado discurso, siempre que aquella vaya acompañada de la verdad y la buena fé, y no degenerare de crítica festiva en mordaz y despiadada sátira que irrita en vez de convencer.

Sobre todos los medios que el genio humano ha adoptado para desenvolver aquella benéfica idea, el teatro ha obtenido siempre

la preferencia, tanto por la ventaja de sus medios, como por la importancia y grandeza de sus resultados. Los eminentes autores que desde la invencion de este arte encantador dedicaron á él sus trabajos, nos han dejado sucesivamente una animada galería en que contemplar el desarrollo y cambios progresivos de las costumbres públicas. Designados en ella los caractéres con toda propiedad, ofrecidos al espectador en una accion interesante y palpable, por decirlo asi, y desenvueltos con las gracias de un animado diálogo, permiten comparar distintamente el diverso giro que tomaron segun los varios pueblos y distintos grados de civilizacion, y por esta causa el observador de las costumbres acudirá siempre á buscar en el teatro el espejo mas fiel de la sociedad que desee conocer.

Otros escritores renunciando á aquellas ventajas, y buscando un cuadro mas estenso que el que por sus breves límites permite la accion teatral, formaron historias y novelas fantásticas en que desenvolviendo un pensamiento moral, pudieron entrar en los detalles mas minuciosos de la vida privada. Algunos encerraron sus observaciones en viajes descriptivos, cartas

críticas, romances é ingeniosas poesías; y otros finalmente, valiéndose para este mismo objeto de la voga de los periódicos en los dos últimos siglos, adoptaron el medio de presentar en ligeros artículos de costumbres las escenas animadas de nuestra moderna sociedad.

Todos los medios arriba indicados fueron puestos en práctica en nuestra España por autores eminentes que correspondieron á su objeto con grandioso resultado. El teatro de nuestra nacion, llevando la primacía á los demas de Europa, ofreció muy luego un tesoro inestimable en este género á los hombres de buen gusto, y dificilmente pudieran desearse pinturas mas fieles y de mayor filosofía que las que dejaron en portentosa variedad las encantadoras plumas de Lope de Rueda, Naharro, Lope de Vega, Calderon, Tirso, Moreto, Alarcon, Zamora y Cañizares, y en los modernos tiempos Moratin, Cruz, Gorostiza, Breton de los Herreros, Gil y Zárate, Larra y otros.

Los novelistas y romanceros no tuvieron que envidiar en fecundidad y buen gusto á los escritores dramáticos, y tambien en este género puede nuestra nacion envanecerse con es-

critores de primer orden. Descuella á su frente *el escritor alegre, el regocijo de las musas, el inimitable Cervantes*, honor y gloria de su patria, admiracion y envidia de las extranjeras. Su obra inmortal será en todos tiempos el límite que demuestre hasta dónde puede elevarse la humana fantasía, dirigida por el mas profundo saber. *La Celestina* del Bachiller *Fernando de Rojas* es otro de los tesoros de nuestra lengua; el *Gil Blas de Santillana*, aunque desgraciadamente no pareció en ella desde su primera publicacion, ofrece en cada una de sus páginas una prueba mas convincente de su oriundez que todas las discusiones con que se ha pretendido negarla. El *Diablo cojuelo* de *Luis Velez de Guevara*, y el *Guzman de Alfarache* de *Mateo Aleman*, son pinturas animadas de muchas clases de nuestra sociedad, y aunque ignoramos el verdadero autor de los *Viajes de Henrique Wanthon*, y aun si son originales ó traducidos, no puede negárseles que reunen á la novedad del pensamiento la ecsactitud y gracia en las descripciones, y la delicadeza y finura de la crítica. El apreciable *don José Cadalso* en sus *Cartas marruecas* y en los *Eruditos á la violeta* dejó testimonios dignos

de estimacion en este género ; y la distinguida pluma del *P. Isla* no se desdeñó tampoco de consagrarle su tributo. Por último , los innumerables romanceros heróicos , caballerescos y jocosos , el festivo *Quevedo* , el ingenioso *Góngora* y el satírico *Iglesias* , manejaron admirablemente la poesía española en la descripción de las costumbres populares. Unicamente el último de los medios adoptados por los escritores de otros países para la pintura moral de la sociedad , por medio de artículos sueltos insertos en los diarios , ha sido descuidado en nuestro país , por la sencilla razón de ser en él poco comunes aquellas publicaciones periódicas.

El *Espectador* de Londres , que parecia á principios del pasado siglo , fue el primero que dió el ejemplo de este nuevo género con tanto mayor suceso , quanto que para ello contaba con la filosofía y la pluma de *Adisson*. Un siglo despues , y ya muy entrado el actual , los artículos hebdomadarios de *Mr. de Jouy* , comunicados á la *Gaceta de Francia* bajo la emblemática firma de *L'Hermite de la Chaussée d'Antin* , acabaron de poner á la moda este nuevo género , y desde entonces fue circunstancia indispensable para un periódico el ar-

título de costumbres, ocupándose en ello plumas muy acreditadas. Mas adelante aparecieron estos cuadros reunidos en colecciones mas ó menos apreciables, desde cuyo tiempo, y siguiendo siempre la misma forma de artículos sueltos y sin la trabazon de una seguida novela, se fabricaron en los infatigables talleres literarios de París y de Londres tantas y tan variadas obras de esta clase, que muy pronto llenaron el orbe literario de costumbres no solamente de aquellos paises, sino rusas, alemanas, italianas, griegas, americanas, suizas, portuguesas y españolas. Por desgracia no todos fueron Adisson y Jouy, y de aqui resultaron producciones tan peregrinas que pone grima el ocuparse de su lectura. Sirvan de ejemplo las que pretenden contraerse á nuestra nacion, en las cuales puede asegurarse que sin leer el título y algun otro nombre propio apenas habria un español que sospechase que se hablaba de su patria, pues carecen absolutamente de toda verdad y del mas ligero colorido del pais; mas bien creeria que se trataba de algun estado de lo interior del Africa si la pretendida importancia que se da á las rejas y celosías, la capa y la mantilla, la

guitarra y el puñal, no le hicieran conocer que se ha querido hablar *inocentemente* de nuestra España.

El medio mas prudente de combatir tan ridículas caricaturas prodigadas hace dos siglos contra nosotros, destruyendo la impresion funesta que causan en la crédula multitud, es el de presentar sencillamente la verdad, oponer á aquellos cuadros falaces é interesados el colorido propio del pais, las acciones y hechos comunes á todas las clases, la naturaleza, en fin, revestida de formas españolas. No ocultar los defectos, no encarecer las virtudes, no alabar demasiado ni criticar sin necesidad; observar los efectos, indagar las causas, y no desdeñar por pequeña ninguna circunstancia que pueda conducir á encontrar la verdad. Un *Panorama moral* semejante, si ha de responder á su objeto, ha de abrazar en la estension de sus cuadros todas las clases sociales; la mas elevada, la mediana y la comun del pueblo; pero sin dejar de tener presente que la primera se parece mas en todos los paises por el esmero de la educacion, la frecuencia de los viajes y el imperio de la moda; que la del pueblo bajo tambien es semejante en todas

partes por la falta de luces y de facultades; y que la clase media, en fin, por su estension, variedad y distintas aplicaciones, es la que imprime á los pueblos su fisonomía particular, causando las diferencias que se observan en ellos. Y hé aqui la razon por qué en obras tales, si bien no dejen de ocupar su debido lugar las costumbres de las clases elevada y humilde, deben obtener naturalmente mayor preferencia las de los propietarios, empleados, comerciantes, literatos, artistas, y tantas otras profesiones como forman la medianía de la sociedad.

II.

El Curioso Parlante.

Va para tres años que un curioso de esta corte, en quien un sentimiento de amor patrio pudo mas que el profundo convencimiento de su insuficiencia para tamaña empresa, se de-

cidio á acometerla, mas bien con el objeto de dar á conocer en nuestro pais un nuevo género que otras plumas mas dignas habrán de perfeccionar, que con el de buscar gloria literaria, de que está muy lejos de hacer profesion. Largo tiempo habia desechado esta idea como una tentacion peligrosa, y considerándose el menos á propósito para desenvolverla; mas viendo la palestra tan abandonada por parte de los ingenios que pudieran honrosamente defenderla, considerando que este silencio de nuestras parte es lo que disculpa en cierto modo la petulancia con que los extranjeros nos juzgan y nos hacen juguetes de su fantasía, y animado, en fin, con la medianía ó insustancialidad de las obras de estos que motivaban su encono, no pudo resistir al deseo de romper aquel silencio, prescindiendo para ello de un rasgo del carácter nacional, que consiste en no emprender muchas cosas útiles por el miedo de no hacerlas perfectas desde un principio.

Otro motivo, en fin, personal acabó de determinarle á ello : hacia entonces pocos meses que el mismo amor á su pueblo de Madrid le habia guiado á publicar una descripcion material de él, fruto de algunos años de traba-

josas investigaciones (1), y tenia la fortuna de haber merecido de sus compatriotas tan favorable acogida, que se hallaba en aquellos momentos con la grata satisfaccion del hombre laborioso cuando ve coronado por el aprecio público el resultado de sus tareas. Deseoso de corresponder á tan escesiva bondad, pareció-le de su deber emprenderlas nuevamente en su obsequio. Habia pintado el Madrid físico, quiso atreverse á pintar el Madrid moral.

Publicábase por entonces en esta corte (enero de 1832) el periódico semanal titulado *Cartas españolas*, y á él le pareció conveniente el dirigirse con sus artículos ó escenas matritenses bajo el pseudomino de *el Curioso parlante*, en cuya forma continuó su tarea todo el tiempo que duró aquel periódico, y despues en la primera serie de la *Revista española* que le sustituyó, hasta que en abril de 1833 suspendió del todo dicha comunicacion. En tan dilatado tiempo tuvo la fortuna de recibir muestras tan repetidas de benevolencia, que le escitaban á continuar mas y mas en su propósito, si bien no pudo me-

(1) El *Manual de Madrid, Descripcion de la corte y de la villa.*

nos de atribuir tan buen suceso á la novedad de la idea mas bien que al desempeño de ella.

Pero los tiempos habian cambiado, los importantes sucesos políticos que por aquella época acaecieron en nuestra España robaban ya la atencion general, y los escritos que no llevasen por objeto tratar de ellos corrian riesgo de no ser leidos, ó aparecer faltos del colorido de la época. El *Curioso* entonces reconoció la pequeñez de sus armas para engolfarse en el anchuroso campo de la política, y aun sospechó que vistiendo sus ligeras producciones con las circunstancias del dia podria quitarlas el carácter de permanencia que debe preferirse en las obras morales. Por otro lado acababa de encargarse del Boletin de la Revista el ameno é ingenioso *Fígaro*, que valiéndose de los sucesos públicos con una gracia y talento inimitables, sabia amenizar con las ocurrencias del momento cuadros tan bellos, tan oportunos y de tal resalte, que indudablemente debian cautivar la atencion de un público deseoso ya de sensaciones mas fuertes y de punzantes alusiones políticas.

El *Curioso*, pues, creyó conveniente suspender su propósito, dejando, como dejaba, en

tan buenas manos el pincel en época tan agitada; y no hubiera vuelto á tomar el suyo á no ser por la publicacion del nuevo Diario de Madrid desde 1.º de Abril del corriente año, en cuyo periódico local por su popularidad é insignificancia política, parecióle que no dirian mal esos ligeros cuadros de la vida privada que en los demas periódicos pudieran tal vez contrastar con las graves materias que en ellos se ventilan.

Tal ha sido la historia de esta publicacion, y tales las intenciones que en ella se propuso su autor. Mezquino fruto de una pobre fantasía, sirvan estos juguetes solamente para señalar de lejos un nuevo género, un camino gloriosísimo y no pisado en nuestro país, en donde hayan de distinguirse genios eminentes con interes y gloria de su patria. Recórranle, pues, con feliz suceso aquellos seres privilegiados que puedan contar con la sublime filosofía de *Adisson*, de *Prevost* y de *Mercier*, el halagüeño artificio de *Jouy* y de *Pablo Kook*, la magia del estilo de *Sterne*, la valentía del pincel de *Jal*, *Colnet* y tantos otros; el Curioso madrileño, careciendo de aquellas preciosas circunstancias, se dará por satisfecho

(xx)

si escitando á otros mas felices á cultivar honrosamente tan abundoso campo, ha logrado recoger en él algunas florecillas que ofrecer á sus compatriotas como prueba de un buen deseo.

Pé. de Mesonero Romanos.

El autor estampa aqui su nombre por obligarle á ello la ley vigente sobre imprentas.

PANORAMA

MATRITENSE.



El Retrato.



« Quien no me creyere que tal sea de él,
al menos me deben la tinta y papel. »

Bartolomé Torres Naharro.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenia una esposa jóven, linda, amable y petimetra; con estos elementos, con coche y buena mesa, puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era asi, y su tertulia se citaba como una de las mas brillantes de la corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un lechuguino del dia), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía á veces la partida de mediator á la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo,

disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no habia mas que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en el sofá tararearía una aria italiana, cogería el abanico de las señoras, haría gestos de las madres y gestos á las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daría tono á la usanza... pero entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un dia, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me invitaba á no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era dia de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efígie en el testero con su gran marco de relumbron. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenia de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de alli á poco sonó el violin, y salieron á lu-

cir las parejas alternando toda la noche los minuets con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues volví á Madrid, y pasé á la casa de mi antigua tertulia; pero ¡oh Dios! *quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! el marido habia muerto hacía un año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el espediente, hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aun sobre el sofá.—“¿Le mira usted?”—esclamó: “¡ay pobrecito mio!”—Y prorumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luego un don *No-se-quien*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo: “Está visto, doña Paquita, que hasta que usted no haga apartar ese retrato de aqui, no tendrá un instante tranquilo;” y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leído aquella mañana en el *Corresponsal del censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion se dispuso que la menguada efigie sería trasladada á otra sala no tan cotidiana-

na; volví á la tarde, y la vi ya colocada en una pieza interior, entre dós mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leído á Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrian decir

¿Mas de qué vale un retrato
 Cuando hay amor verdadero?
 ¡Ah! solo un esposo vivo
 Puede consolar del muerto (1),

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal* por mas señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco despues la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* tambien de tener en casa al niño que habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó *en consejo de familia* ponerle en el seminario de nobles; y no hubo mas, sino que á dos por tres hicieronle su atillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino despues á

(1) Mais qu'est ce qu'un portrait quand on aime bien fort
 C'est un mari vivant qui console d'un mort.

llamar al jóven al campo del honor; corrió á alistarse en las banderas pátrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fue entre ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor, habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacian alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorría las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las cosas de modo que no apereciera á la vista sino la mitad de la habitacion, con el objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso á varias habitaciones independientes se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caía encima... "¿qué pondremos? ¿qué no pondremos?"—El retrato.—Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia...! un maldito gato que se habia quedado en las habitaciones ocultas salta á la ventana, da un maído y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesion, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y mal trecho yacía el pobre retrato, maldecido de los de casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenían, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenia un hijo que habia asistido seis meses á la academia de San Fernando, y se tenia por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví á saber mas de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid el último. No encontré ya mis amigos, mis antiguas costumbres, mis placeres; pero en cambio encontré mas *elegancia*, mas *ciencia*, mas *buena fé*, mas *alegría*, mas *dinero* y mas *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra, y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rin-

cones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botillería en que beber á la luz de un candilón, algunos calesines en que ir á los toros, algunas buenas tiendas en la calle de Postas, algunas cómodas escaleras en la plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz *que no pasa día por él*. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, es verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demas calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Jordan ó Murillo; aquel surtido general, metódico y completo, de todo lo útil y necesario, no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subia por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de todos colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velón y dos lavativas que yacían inmediatos, cojo el cuadro, miro de cerca... "¡Oh Dios mio! exclamé: ¿y es aquí

donde yo debía encontrar á mi amigo?" Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves, la imágen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas; pero tratando de disimularlas pregunté cuánto valia el cuadro. "Lo que usted guste," contestó la vieja que me lo vendia; insté á que le pusiera precio, y por último me lo dió en *dos pesetas*: informéme entonces de dónde habia habido aquel cuadro, y me contestó que hacia años que un soldado se lo trajo á empeñar, prometiéndole volver en breve á rescatarlo, pues segun decia, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personage á quien se lo iba á regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenia escrúpulo en venderlo, tanto mas, cuanto que hacía seis años que salia á las ferias, y nadie se habia acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera tirado, á no ser porque le solia servir cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oir esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo, ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima

vez á las ferias? ¿ó acaso alterado su gesto tornará de nuevo á autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que vi en este, me felicito mas y mas de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato, ¿para qué? para presidir á un baile, para escitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas, para sufrir golpes de pelota, para criar chinches, para tapar ventanas, para ser embigotado y restaurado despues, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por dos pesetas.



La calle de Toledo.



« Como aqui de provincias tan distantes concurren , ó por gracia ó por justicia, diversas lenguas , trages y semblantes ; Necesidad , favor , celo , codicia forman tumulto , confusion y prisa tal , que dirás que el orbe se desquicia. »

B. de Argensola.

Pocos dias ha tuve que salir á recibir á un primo mio que viene á Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de ecsaminarse de Escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazan, sino la compaseada galera en que sabia venia el casi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de los Angeles acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho mas hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificólo al fin, vióme mi primo, saltó del incómodo camaranchon, y *pian pian* enderezamos hácia la gran villa, ya acertando el

paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

“¿Y bien, primo mio, qué te parece del aspecto de Madrid?”—Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que ez *la perla del desierto*; y oyez, y tuvieron rasón zuz fundadorez en zituarse sobre alturaz, porque zinó, con ezte rio, adonde vamo-ha-paral...—“Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí éste que sino es gran puente, por lo menos es un puente grande.”—Zin duda, y aun por ezo he leído yo en un libraco viejo unaz coplillaz que disen...

“Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano de *Rioseco*;
La que haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos,
La que.....

“¿Acabarás con tu pintura?”—Rason tie-
nez; punto y coma y á otra coza, que ze hase
tarde y habremoz de deternoz en la puerta.—

Y con efecto fue así, porque llegando á ésta, y mientras se verificaba la operacion del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto, aunque una buena dosis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; además es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condicion harto esencial, y en Madrid mas que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su carácter, no se estrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista, para lo cual, y escitarle á hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera.

— Vas á entrar en Madrid (le dije) por el cuartel mas populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el mas elegante, sino aquel en que la corte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel en fin en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trages y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura*.— “Punto ez ezte, dijo mi primo, para observarle zentadoz; aprovechemoz ezte poyito.”

— No bien lo habiamos dicho y hecho, cuando